

Philippe Delerm

Las turbias aguas del mojito

*Y otras buenas razones
para vivir en la tierra*

P A S O S P E R D I D O S

Diseño de cubierta: Editorial Pasos Perdidos S.L.
Imagen de cubierta: Félix Vallotton, *La liseuse*, 1922.
Maquetación: Daniel F. Patricio.

Título original: *Les eaux troubles du mojito et autres belles raisons d'habiter sur terre.*

© de la edición original, Éditions du Seuil, 2015.
© de esta edición, Editorial Pasos Perdidos S.L., 2017.
© de la traducción, Mercedes Noriega Bosch, 2017.

ISBN: 978-84-944769-8-3

Depósito legal: M-40365-2016

Impreso por Estugraf impresores

Cualquier formato de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede hacerse con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La mentira de la sandía

Es demasiado hermosa. Extraña. ¿Se come?, ¿se bebe? Es como una pista falsa del deseo. El rojo rosáceo de esa carne lacerada, evanescente y rebosante de agua, se torna palidez enfermiza al morir en los bordes de la sólida corteza, de un intenso color verde. ¡Qué oscura es en su centro, con todas esas inquietantes semillas incrustadas, negras como el ébano, pepitas o puntas de lanza envenenadas...!

¿Cómo puede haber algo tan repleto de tanta nada indecente, magnificada? Siempre abierta en los puestos de los mercados, la sandía se exhibe en verano como el remedio definitivo contra una sed que jamás se apaga. ¿Para qué comprarla? Sabemos de sobra que se disolverá en la lengua como nieve escarlata que se funde prematuramente. El mango y la guayaba saben a guayaba y a mango. La sandía no sabe a nada y, sin embargo, ella es

la que despierta vanamente nuestro deseo. Es perfecta en su mentira, y los vendedores lo saben bien. La exponen un poco apartada porque saben cuál es su función. Enciende todas las miradas, conjuga con insolencia la humedad, el frescor, transmite algo de su inaprensible perfección a las discretas frutas que la rodean.

Se vende descaradamente. A veces no la compramos por miedo a hacer el ridículo. Sabemos de antemano que no podremos poseerla verdaderamente. Su sabor es transparente. No es más que un espejismo del calor y del verano.

Apenas mueve los labios

Estás con él en el autobús. Bueno, con él lo que se dice con él... Aunque se ha sentado justo enfrente de ti, lo cierto es que podría estar aquí, allí o en cualquier otra parte. Tiene siete años. Está en el primer curso de primaria. Este año ya sabe leer de verdad. Hace un momento, nada más salir de la librería, ha cogido un cómic de Yvan Pommaux, el de la portada azul lavanda, y ha empezado a leerlo en ese mismo instante, vagamente consciente de la realidad que le rodeaba, evitando a los peatones un poco como hacen los esquiadores de eslalon con las balizas. Muchos sonreían al cruzarse con él, y te has sentido bastante orgulloso de tener por nieto a un devorador de libros.

Ahora, en medio de la agitación del tráfico, lo ves encerrado en su burbuja, tan lejos, tan cerca. Lo más fascinante de todo es el imper-

ceptible movimiento de sus labios. Ni siquiera frunce el ceño. Pero aún le cuesta trabajo deslizarse por la pista. Necesita dominar esa descodificación no del todo fluida, sublimada por la voluntad, la pasión, el conmovedor deseo de apropiarse de ese universo en el que desea evadirse.

No cabe duda de que, si alguien le leyera esa misma historia, sonreiría de vez en cuando. Pero ahora no sonríe. Está tan absorto, tan concentrado... Está creando su propio mundo de aventura, el silencioso secreto de su distanciamiento. Mueve los labios. Se bebe a sorbitos la intrincada magia de la huida.

Sí, todavía le supone un gran esfuerzo, pero ya significa libertad. Algo que nunca debes hacer es molestarle con un «¿qué tal?, ¿te gusta?». Mejor no atosigar a los sonámbulos. Tampoco te apetece devolverle a la realidad, a ese autobús abarrotado en el que viaja con su abuelo, en plena hora punta. Es como si volaras cuando lo ves volar. Nunca te había parecido tan guapo. Apenas mueve los labios.

Una noche de verano

Finales de junio. Vamos a cenar en el jardín. Hemos puesto farolillos reflectores casi por todas partes, en el alféizar de las ventanas, colgados de las ramas del viejo membrillo, del manzano. Alrededor de las diez nos hemos tenido que poner un jersey, pero no hace frío y, además, a nadie le apetece marcharse todavía. Hemos bebido un poco más de la cuenta, pero los amigos viven a quinientos metros y han venido a pie. Son amigos de toda la vida, así que estamos en confianza. Incluso disfrutamos de unos instantes de silencio, después del queso y del último vaso de Saint-Joseph; me gusta mucho ese vino, transmite una especie de calor balsámico.

En pocos minutos, los murciélagos han hecho cesar el zumbido inofensivo de una bandada de abejorros. El aroma de la madre-selva se intensifica. ¿Os quedáis aquí en julio?

Sí, al menos hasta el veintitrés. Entonces sí, a la paz de este anochecer se añade la certeza de que habrá otros, tan fáciles y tan ligeros como este.

¿Certeza? Al segundo de haberlo formulado así, surge una curiosa duda. De hecho todos piensan que esta noche seguirá siendo la mejor del verano —¿y por qué no?— pero también la última tan perfecta. No existe ninguna razón objetiva que respalde esta idea. Pese a que el clima de nuestra región no suele ser muy favorable, seguramente no lloverá todos los días. No hay por qué preocuparse, ninguna catástrofe a la vista aunque sigamos cruzando los dedos.

¿Entonces? Entonces, es increíble, pero para disfrutar de verdad de una noche de verano hay que ser consciente de su fragilidad, tener la sensación de que es la última vez que viviremos una noche como esta. He preparado una macedonia de frutas de postre. Fumemos un cigarrillo. Acordémonos del presente. Vivamos en el presente. Con la sensación de que es casi imposible.